

0:00



PETER BURKE

HISTORIA SOCIAL DEL CONOCIMIENTO

Vol. II

DE LA ENCICLOPEDIA
A LA WIKIPEDIA

PAIDÓS

Peter Burke

Historia social
del conocimiento

Vol. II

De la Enciclopedia a la Wikipedia

PAIDÓS Básica

Título original: *A Social History of Knowledge II*, de Peter Burke
Publicado por acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge

1.^a edición, septiembre de 2012
1.^a edición en esta presentación, febrero de 2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene
el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y
en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la
web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Peter Burke, 2012

© de la traducción, Carme Font Paz y Francisco Martín Arribas, 2012

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2024

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4199-1

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 1.066-2024

Impreso en España – *Printed in Spain*



Sumario

Lista de ilustraciones	10
Agradecimientos	11
Introducción.	13
Primera parte. Prácticas del conocimiento	
1. Recabar conocimientos	23
2. Analizar conocimientos.	67
3. Difundir conocimiento	107
4. Emplear conocimiento	135
Segunda parte. El precio del progreso	
5. Perder conocimientos	169
6. Dividir conocimientos	193
Tercera parte. Una historia social en tres dimensiones	
7. Cartografías del conocimiento	223
8. Sociologías del conocimiento	257
9. Cronologías del conocimiento	289
Notas	321
Bibliografía.	345
Índice analítico y de nombres	379

Capítulo 1

Recabar conocimientos

Es indudable que una historia social del conocimiento debe ocuparse del modo en el que distintos grupos de personas adquieren, procesan, difunden y emplean el conocimiento, una secuencia que en el mundo de la inteligencia —en otras palabras, del espionaje— se divide en ocasiones en otras cuatro etapas: recopilación, análisis, diseminación y acción (su acrónimo es CADA en inglés).¹ Desde luego es imposible separar del todo estos cuatro pasos.² No se puede recabar información ni observar con una cabeza hueca. Tal como dijo el antropólogo Clifford Geertz, «en el estudio de la cultura, el análisis penetra en el cuerpo mismo del objeto», una cuestión que los estudiosos han reiterado y tal vez exagerado al referirse a la «construcción cultural» de casi cualquier cosa.³ La difusión suele implicar análisis.⁴ Esos estadios pueden parecer intemporales, sin embargo cada uno de ellos se sitúa en el tiempo y también en el espacio.

Nos referiremos ampliamente a esos cuatro estadios en la primera parte de este libro, presentando al mismo tiempo otros factores diferenciadores. Este capítulo se centra en el primer paso, es decir, el proceso de recabar o reunir el conocimiento.

RECABAR CONOCIMIENTO

Las metáforas tan gráficas de «recopilar» o «reunir» conocimiento evocan una imagen muy simplista, como si el conocimiento pudiera recogerse como las conchas abandonadas en la orilla del mar, como si se arrancara de los arbustos y los árboles como fruta madura o como si se atrapara como las mariposas. Podemos establecer una analogía con la metáfora de «cazar» o «captar» (uno de los verbos preferidos de los estudios actuales de gestión).⁵ Estos términos se emplean como meras simplificaciones de una serie de procesos que incluyen la exploración, la observación, el examen y la experimentación, por no mencionar la compra,

el saqueo y, desde luego, la formulación de preguntas y la escucha a los informantes.

En la jerga académica, estos procesos se describen como «investigación». Esta palabra se empleaba solo de vez en cuando antes del año 1750, pero se fue utilizando con mayor frecuencia en los títulos de los libros a partir de mediados del siglo XVIII en varios idiomas europeos —*recherches*, *ricerche*, *Forschung*, etcétera— para describir las investigaciones llevadas a cabo en varios ámbitos, entre ellos la anatomía, la astronomía, la economía política, la demografía, la geografía, la física, la química, la paleontología, la medicina, la historia y los estudios orientales. Citemos solo unos cuantos ejemplos conocidos:

1768: de Pauw, *Recherches philosophiques sur les américains*

1788: la revista *Asiatic Researches* (a partir de 1788).

1794: Lamarck, *Recherches sur les principaux faits physiques*

1799: Davy, *Researches, Chemical and Philosophical*

1812: Cuvier, *Recherches sur les ossements fossiles*

1838: Cournot, *Recherches sur les principes mathématiques de la théorie des richesses*

Los ejemplos mencionados anteriormente se relacionan con la investigación llevada a cabo en los archivos, los museos y los laboratorios, pero otros requerían lo que ahora se da en llamar «trabajo de campo», como ocurre evidentemente en las exploraciones. John Barrow, secretario del Almirantazgo británico, que estaba en situación de encargar expediciones, publicó una crónica de algunas de ellas bajo el título de *Viajes de descubrimiento e investigación en las regiones del Ártico* (1846). Los exploradores ofrecen ejemplos memorables sobre cómo recaban conocimientos que han dado pie a reflexiones sobre el proceso mediante el cual se produce el conocimiento.⁶

LA SEGUNDA ERA DE DESCUBRIMIENTO

La cantidad de nuevo conocimiento recabado o recopilado en el primer siglo de nuestro período, 1750-1850, fue abrumadora, especialmente el conocimiento recabado por los europeos en materia de fauna, flora, geografía e historia de otras partes del mundo. No es de extrañar que algunos historiadores se refieran a este período como a una «segunda gran era de descubrimiento».⁷

La primera era de descubrimiento, desde Vasco da Gama y Colón en adelante, estuvo marcada por una amplia exploración de las costas. La segunda era amplió la exploración a las costas de los mares del Sur y a otros lugares, pero también supuso la intensa exploración del interior de África, América del norte y del sur, Australia, Siberia, Asia central y otros lugares, lo cual propició el célebre comentario de Joseph Conrad y sus «espacios en blanco» del mapa. Uno de esos exploradores, Alexander von Humboldt (figura 1), cuyo nombre aparecerá en estas páginas en varias ocasiones, ha sido descrito como el «Colón alemán».

John Hemming definió su propio papel de explorador como «alguien que se adentra más allá de la sociedad que conoce, descubre lo que hay allí y regresa para describírselo a los suyos». ⁸ La definición de Hemming excluye a algunas mujeres (véase, en el capítulo 8, el apartado «Mujeres cultas») así como a muchos exploradores que no consiguieron regresar a su país de origen, pero su insistencia en devolver ese conocimiento se corresponde con los objetivos de este libro.

Los relatos acerca de las dificultades, los éxitos y las tragedias de los exploradores se prestan a narraciones heroicas, relatos que se han ido contando una y otra vez. Entre los más famosos destacan los nombres de James Cook y Louis-Antoine de Bougainville en los mares del Sur, Mungo Park y David Livingstone en África, Meriwether Lewis y William Clark en el oeste de Estados Unidos, Alexander von Humboldt en Sudamérica, Robert Burke y William Wills en Australia, Alexander von Middendorff en Siberia y Nikolai Przhevalsky en Asia Central. Hoy en día, las aportaciones de estos exploradores están recibiendo una mayor atención. ⁹

Por ejemplo, Humboldt y su amigo el botánico Aimé Bonpland invirtieron cinco años explorando las Américas españolas (1799-1804), escalando montañas (incluido el volcán del pico Chimborazo) y atravesando ríos (el Orinoco y el Amazonas). A raíz de esta expedición surgieron aportaciones a la geología, la botánica, la zoología (el estudio de las anguilas eléctricas, por ejemplo), la meteorología y una serie de otras disciplinas (en concreto, como se explicará en el capítulo 6, contribuciones a campos que posteriormente se convertirían en disciplinas). ¹⁰

No obstante, había muchos más exploradores de la época que alcanzaron menos fama. Los franceses, los alemanes y también los británicos investigaron el interior de África: René Caillié, por ejemplo, que respondió al desafío planteado por la Société Géographique de París y llegó a Tombouctú en 1828; Pierre de Brazza, que dio el nombre a Brazzaville; Henri Duveyrier, que exploró el desierto del Sahara a los 19 años; el

amigo de Duveyrier, el geógrafo alemán Heinrich Barth, que también exploró el Sahara, y el botánico alemán Georg Schweinfurth, quien descubrió al pueblo de los azandes en África Central.¹¹

En los mares del Sur, junto a las figuras más famosas de Cook y Bougainville, Jean-François de La Pérouse, Nicolas Baudin y Matthew Flinders dirigieron viajes de descubrimiento. Baudin, por ejemplo, se embarcó en su viaje alrededor del mundo en el año 1800 y, entre otros propósitos, quiso trazar un mapa de la costa de Australia con la ayuda de una importante sociedad científica, el Institut de France, y de algunos especialistas que se embarcaron con él, entre los cuales había astrónomos, botánicos, mineralogistas, zoólogos y un médico que hizo las veces de lo que haríamos en llamar etnógrafo.

Las exploraciones rusas y estadounidenses del interior de estos amplios territorios avanzaban en paralelo, con los rusos yendo en dirección este y los americanos hacia el oeste. Entre 1803 y 1806, Meriwether Lewis y William Clark, elegidos por el presidente Jefferson para dirigir el «Cuerpo de Descubrimiento», viajaron desde Pittsburgh hasta la costa del Pacífico y volvieron después de explorar dos tercios de América del Norte. Lewis describió la expedición prevista como «una incursión en un territorio de como mínimo dos mil millas de ancho que no ha pisado ningún pie de hombre civilizado». Clark se ocupó de las mediciones y el trazado del mapa, mientras que Lewis se centró en la historia natural.

Los exploradores encontraron animales desconocidos para la ciencia occidental, como los perros de la pradera, el sapo concho de las llanuras y el ratón de campo, y luego enviaron sus muestras botánicas, zoológicas y minerales a sus países de origen. Lewis y Clark también aprendieron los nombres de las tribus indias con las que se encontraban, sus lenguas, ocupaciones, herramientas y costumbres. Describieron a los indios sioux, a los shoshones y a los nez-percés y regresaron con varios vocabularios de los idiomas indios.¹²

Las descripciones de sus logros no siempre han hecho justicia al papel que desempeñaron los informantes indígenas como Sacajawea (véase, en el capítulo 7, el apartado «Voces marginales») a la hora de orientar a la expedición, así como al conocimiento geográfico «de los indios americanos contenido en los distintos mapas que informaron y guiaron su camino». ¹³ Sea como fuere, el logro de Lewis y Clark, como el de otros muchos exploradores, fue considerable y otorgó una perspectiva general a los estudiosos —en este caso, de todo el Oeste americano— del que carecía la población autóctona.



Figura 1: Alexander von Humboldt, estatua en Berlín de R. Begas (1883), fotografía de Adam Carr (2006).

En Rusia, la Sociedad Geográfica, la Academia de las Ciencias, el Museo Etnográfico Ruso y otras instituciones organizaron expediciones para localizar y trazar partes remotas del imperio, incluidas Siberia y el Ártico. Catalina II la Grande envió a Siberia al erudito alemán Peter Pallas para que investigara sus recursos naturales (1768-1774); el botánico ruso Mikhail Adams dirigió allí una investigación (1806); el noruego Christopher Hansteen fue a Siberia para estudiar el magnetismo de la Tierra (1828-1830), y Alexander von Humboldt también visitó esa zona (1829).

Sin embargo, la expedición científica más importante a Siberia fue la del zoólogo Alexander von Middendorff (1842-1845), financiada por el gobierno ruso y patrocinada por la Rossískaya Akadémiya Naúk (Academia Rusa de las Ciencias) con el fin de estudiar la vida orgánica en un entorno ártico. De hecho, Middendorff hizo mucho más que eso, puesto que dirigió lo que se dio en llamar la «expedición científica rusa de mayor calado en el siglo XIX» y extendió su red tan ampliamente como Lewis y Clark habían hecho en el Oeste americano. Middendorff y su pequeño equipo trazaron un mapa de la región, estudiaron el clima, midieron la temperatura del suelo y no solo recogieron muestras de la flora y la fauna sino que también recopilaron herramientas, canciones, historias y vocabularios de los pueblos indígenas, entre ellos los ostyaks, los yakuts y los tungus.¹⁴ La expansión rusa al Turkeistán dio como resultado una serie de expediciones geográficas, arqueológicas y etnográficas a Asia central dirigidas por Nikolai Przhevalsky (1872), Samuil Dudin (1900-1902) y otros exploradores.¹⁵ El mapa definitivo de Asia central fue trazado por el geógrafo sueco Sven Hedin tras una serie de expediciones realizadas entre 1894 y 1908.

EXPEDICIONES CIENTÍFICAS

Tanto por tierra como por mar, las grandes aportaciones al conocimiento, especialmente el conocimiento geográfico, fueron obra de individuos que no se consideraban a sí mismos eruditos sino exploradores, que solían contar con la ayuda (no reconocida) de algunos de los habitantes indígenas de la región que estaban explorando.

Pero hubo una diferencia importante entre la primera y la segunda era de descubrimiento. Los barcos de la primera era habían transportado soldados, comerciantes, misioneros y administradores. Los de la segunda, una era de creciente especialización (véase el capítulo 6), también

llevó a astrónomos, naturalistas y a otros especialistas. Aumentó el número de lo que hoy daríamos en llamar expediciones «científicas», organizadas en parte o en su totalidad para recabar no solo conocimientos sobre las rutas marítimas de trascendencia estratégica, política o económica, sino sobre el mundo natural en general y, con menor frecuencia, de sus distintas culturas.

En algunas ocasiones se ha llegado a afirmar que la expedición científica fue un invento de finales del siglo xviii.¹⁶ Esta idea se fundamenta en paralelismos con la modernidad temprana como en el caso de Francisco Hernández, médico del rey Felipe II de España, que fue enviado a una misión de siete años de duración (1571-1578) a México y las Filipinas para estudiar las plantas medicinales. Al mismo tiempo, es del todo correcto situar a finales del siglo xviii el auge de las expediciones científicas que recababan información como un fenómeno organizado y recurrente, en otras palabras, la expedición científica pasó a ser toda una institución.

En el caso de los viajes de exploración, los nombres de los barcos indican la importancia que tenían las consideraciones de tipo científico, al menos a nivel de representación. James Cook navegó en el *Discovery*, Alessandro Malaspina en el *Descubierta*, La Pérouse en el *Astrolabe*, Baudin en el *Naturaliste* y el *Géographe*, y Flinders en el *Investigator*, mientras que las expediciones francesas al Pacífico (1792) y el Ártico (1835) surcaron los mares con el *Recherche*.

La captación de conocimiento se incluyó en la serie de instrucciones que se daban a los capitanes, en cuyos navíos podían embarcar los equipos de especialistas. Por ejemplo, un astrónomo viajó con el capitán Cook en su primer viaje, cuando la Royal Society le encargó la observación del tránsito de Venus sobre el Sol en 1769. El barco también transportaba a los botánicos Joseph Banks y a su colega sueco Daniel Solander (de ahí el nombre de «Bahía de la Botánica» con el que Cook bautizó lo que actualmente es parte de la ciudad de Sidney). Asimismo, La Pérouse recibió instrucciones detalladas del geógrafo real y de la Academia de las Ciencias sobre qué tipo de conocimientos debía adquirir. Se llevó a diez especialistas, entre ellos a astrónomos, geólogos, botánicos y zoólogos, sin contar a los artistas, encargados de dibujar los paisajes, la fauna, la flora y a los indígenas de los lugares visitados.¹⁷

Siguiendo la estela de Felipe II y Hernández, España encargó sesenta expediciones en el siglo xviii, básicamente expediciones botánicas al Nuevo Mundo, mientras que Francia patrocinó muchas más. Incluyen la expedición al Orinoco (1754-1761); la expedición franco-española a

Perú (1777-1788); la expedición a Nueva Granada, la actual Colombia (1783-1808), y la expedición a Nueva España, que actualmente es México (1787-1803).¹⁸ En otras palabras, aunque la expedición de Humboldt a la América española atrajo más atención internacional y generó una serie de descubrimientos en distintos ámbitos, no fue en absoluto la primera expedición ni tampoco la más larga.

¿UNA TERCERA ERA DE DESCUBRIMIENTO?

Concentrarnos en los años comprendidos entre 1760 y 1860, o en el período que va de Cook a Livingstone, pasa por alto algunas de las narrativas más épicas de la batalla entre los exploradores y los entornos hostiles en el Ártico y el Antártico (a pesar de que el capitán Constantine Phipps ya había llevado a cabo una expedición al Polo Norte en el año 1773). También aquí el afán de conocimiento es una parte fundamental de esta crónica. En 1895, el Sexto Congreso Geográfico Internacional declaró que «aún está por emprender el reto más importante de la exploración geográfica», refiriéndose a la Antártica, y que eso daría como resultado «una suma de conocimientos en casi todos los ámbitos de la ciencia».¹⁹ El famoso químico Dmitri Mendéleiev instó al primer ministro ruso a promocionar la «conquista» de los polos Norte y Sur por el bien del «triumfo del conocimiento».²⁰ Nansen fue zoólogo y oceanógrafo. Nathorst fue geólogo y paleontólogo. Durante la expedición al Ártico de Amundsen entre 1918 y 1925, se erigió un observatorio geofísico en el hielo.

Cuando por fin alcanzaron los polos Norte y Sur, parecía que ya no quedaba ninguna parte del mundo por conquistar o al menos por explorar y, en 1904, el geógrafo británico Halford Mackinder anunció muy a su pesar lo que él dio en llamar el fin de la «era de Colón» y el advenimiento del «espacio cerrado».

No obstante, se estaba abriendo otra frontera: el mundo bajo el mar. La exploración de las profundidades marinas se inició con la expedición del barco británico *Challenger* (1872-1876; figura 2), que sirvió para trazar un mapa geológico del lecho oceánico, midió la temperatura del agua a distintas profundidades y descubrió unas cuatro mil setecientas formas desconocidas de vida marina. A partir de la década de 1930, la exploración del fondo del mar fue llevada a cabo por científicos con aparatos sumergibles especialmente diseñados con grandes ventanas para la observación: la batisfera (que se sumergía con un cable desde un barco) y los batiscafos (que estaban autopropulsados).²¹

Después de la tierra y el mar llegó la exploración del espacio, la «tercera gran era» de descubrimiento.²² El lanzamiento del satélite artificial *Sputnik* por los rusos (1957), seguido poco después de la creación de la estadounidense National Aeronautics and Space Administration (NASA, 1958), tenían como objetivo «el avance hacia el conocimiento científico fundamental» así como reforzar el prestigio nacional. El nombre del transbordador espacial estadounidense *Challenger* (operativo entre 1983 y 1986) rindió homenaje a un barco del siglo XIX.

Al igual que en las exploraciones polares, la naturaleza épica de las incursiones de Yuri Gagarin y Neil Armstrong (sin olvidar la tragedia de los astronautas que murieron en accidentes) ha ensombrecido el conocimiento adquirido en el transcurso de las distintas misiones llevadas a cabo por naves comandadas y no comandadas: la recogida de muestras geológicas de la Luna, por ejemplo, el estudio de la oceanografía por medio de instrumentos en el espacio, la transmisión de datos a la Tierra procedentes de Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, y Neptuno y, recientemente, el análisis del terreno de Marte, unas muestras recogidas por la sonda espacial Phoenix (2008).²³

EN BUSCA DE LAS CULTURAS DEL PASADO

Unas cuantas expediciones en busca de conocimiento se preocuparon menos por la naturaleza y más por la cultura, tanto la del pasado como la del presente. Un primer ejemplo de ello lo encontramos en la expedición de Niebuhr a Arabia (que abarcaba el actual Egipto y Siria) entre 1761 y 1767. Propuesta por el erudito de la Biblia alemán Johann David Michaelis con el fin de arrojar luz sobre los pueblos descritos en el Antiguo Testamento y estudiarlos en su propio entorno, la expedición fue financiada por el rey de Dinamarca e incluyó al topógrafo Carsten Niebuhr y al botánico Peter Forsskål, así como a un filólogo y un artista. El destino de la mayoría de sus participantes fue tan trágico como el de la mayoría de exploradores que viajaron a África o a la Antártica, aunque Niebuhr sobrevivió hasta publicar una famosa descripción de Arabia que proporcionó nueva información sobre las costumbres locales, las lenguas y las esculturas que quedan en las ruinas de Persépolis.²⁴ La expedición en solitario del filólogo Rasmus Rask, que visitó Suecia, Finlandia, Rusia, Persia e India en busca de manuscritos (1816-1823) también fue financiada por un rey danés.

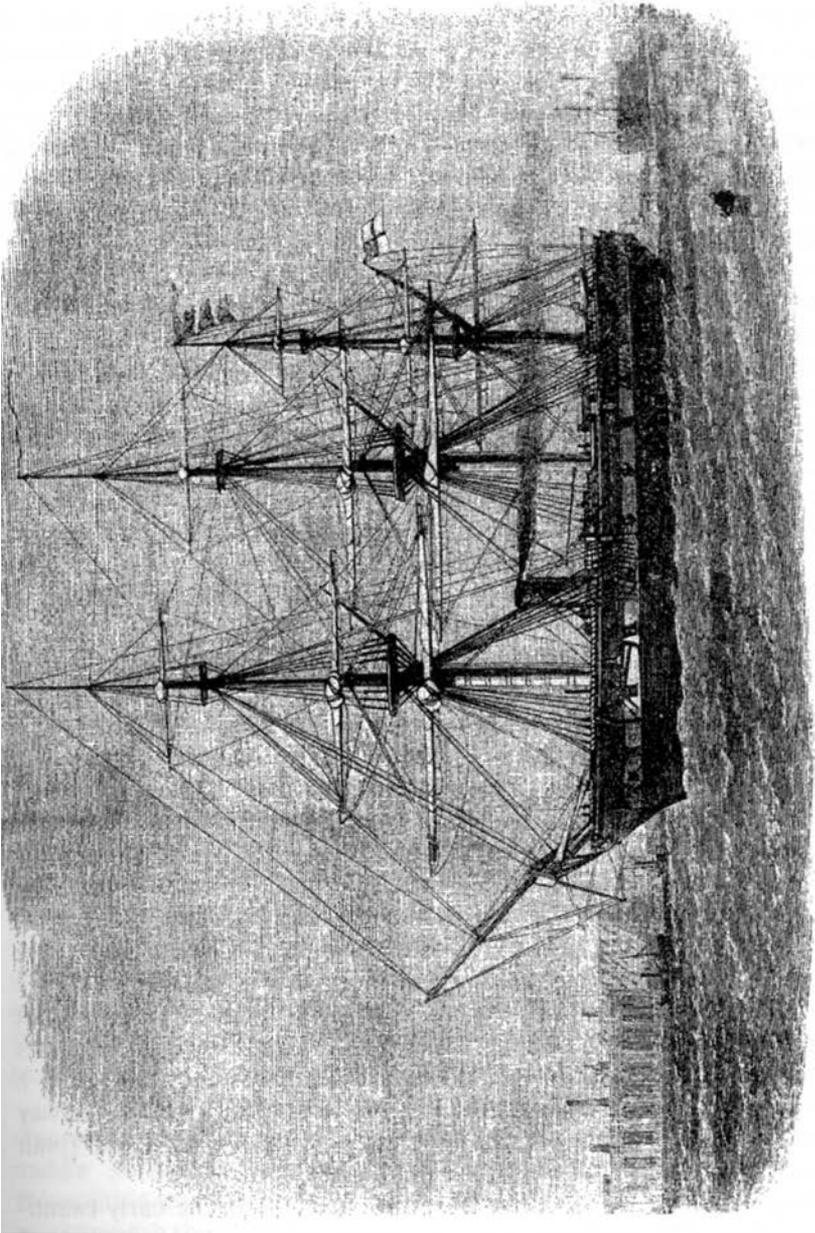


Figura 2: El *Challenger*, buque real de la marina inglesa (1858).

Al cabo de una generación, la expedición de Niebuhr pareció empequeñecida por los más de ciento cincuenta especialistas que acompañaron al ejército de Napoleón cuando los franceses invadieron Egipto en 1798.²⁵ Siguiendo este modelo, una *Mission scientifique de Morée* (1828-1833), patrocinada por el Institut de France, acompañó al ejército francés cuando intervino en la guerra griega de la independencia. Una vez más, lo que a nivel oficial se dio a conocer como la «exploración científica» de Argelia, se llevó a cabo entre 1841 y 1843 en nombre del gobierno francés. Algunos especialistas también acompañaron al ejército francés que intervino en México en 1862 para prestar apoyo al emperador Maximiliano.²⁶ Los usos del conocimiento en la construcción y mantenimiento de imperios se tratará en detalle en el capítulo 4.

Algunos de los estudiosos que se unieron a las expediciones egipcias, griegas, argelinas y mexicanas eran de naturaleza arqueológica. En el siglo XVIII ya se había hecho una serie de descubrimientos extraordinarios de ruinas de civilizaciones antiguas, entre las cuales destacaban las ruinas de las antiguas ciudades romanas de Herculano (1738) y Pompeya (1748), así como la ciudad maya de Palenque en México (1773).

Sin embargo, muchas de las expediciones y excavaciones arqueológicas más famosas datan de mediados y finales del siglo XIX. La antigua ciudad asiria de Nínive fue excavada por el diplomático inglés Austen Layard (a partir de 1845), la ciudad de Troya (cerca de Hissarlik, en Anatolia) por el alemán Heinrich Schliemann (1870-). La civilización sumeria fue descubierta por el arqueólogo francés Ernest de Sarzec en Telloh, Irak (1877-). Varios yacimientos antiguos de Egipto fueron excavados por el inglés Flinders Petrie (1880-). La ciudad de Babilonia fue excavada por el alemán Robert Koldewey y el complejo palaciego de Cnosos de Creta fue descubierto por Arthur Evans (ambos a partir de 1899).

En el siglo XX quedaron algunos descubrimientos espectaculares por hacer. La civilización de los hititas empezó a desvelarse a partir de 1906 a raíz de unas excavaciones en Boğazköy, Anatolia. La ciudad de los tanguts, en Khara-Khoto, en la región occidental de China, fue excavada por el ruso Pyotr Kozlov de 1907-1909. La ciudad inca de Machu Picchu fue descubierta en 1911 por el historiador estadounidense Hiram Bingham (con la ayuda de un granjero de la zona), aunque no se iniciaron las excavaciones sistemáticas de las ruinas mayas en Palenque hasta 1934.

En esta época también se llevaron a cabo expediciones antropológicas. Entre las más conocidas destacan la expedición Jesup del Pacífico Norte (1897-1902), en la que participó Franz Boas; la expedición antropológica de Cambridge a los estrechos de Torres (1898), en realidad una

iniciativa interdisciplinaria, y la misión francesa Dakar-Djibouti (1931-1933), que acogió a uno de los antropólogos más importantes, Marcel Griaule. Al igual que los folcloristas más cercanos a nuestros países de origen, la curiosidad de los antropólogos se vio intensificada por su creencia de que estaban presenciando los últimos días de las culturas tradicionales «primitivas» que estaban condenadas a la extinción en el mundo moderno. Tal como Adolf Bastian declaró en 1880, «lo que pueda hacerse debe hacerse ahora. De lo contrario, la posibilidad de la etnología quedará aniquilada para siempre».²⁷ Según Malinowski, la tragedia de la etnología es que, en el preciso instante en que está «lista para trabajar», «el material de su estudio se disuelve con una rapidez desesperante».²⁸

EL DESCUBRIMIENTO DEL TIEMPO

Los arqueólogos fueron el único grupo que contribuyó a lo que se ha descrito como «el descubrimiento del tiempo», en especial del «tiempo profundo».²⁹ Estos grupos bien podrían darse en llamar «exploradores del tiempo» y por esta razón nos referimos a ellos en este capítulo junto a los exploradores del espacio, a pesar de que el descubrimiento de las capas más profundas del tiempo fuera el resultado de un agotador análisis en vez de la simple observación.

En 1750, muchos europeos cultos seguían aferrándose a la idea tradicional de que el mundo tenía seis mil años. Desde entonces, el concepto de un mundo de seis mil años era puesto a prueba una y otra vez por los arqueólogos, los paleontólogos, los geólogos y los astrónomos. A mediados del siglo XIX, la palabra «prehistoria» empezó a utilizarse entre los arqueólogos ingleses y otros especialistas para referirse al pasado humano antes de la invención de la escritura (en francés, *préhistoire* apareció un poco después, en 1876, aunque la palabra *antehistorique* se remonta a la década de 1830).

El período conocido como «prehistoria» se fue ampliando poco a poco. La Edad de Piedra quedó dividida en «antigua» y «moderna», el Paleolítico y el Neolítico. Luego se introdujo un período intermedio conocido como Mesolítico, mientras que el Paleolítico quedaba subdividido entre bajo, medio y superior para distinguirlo de los cambios que en ese momento empezaban a considerarse en toda su extensión.

A lo largo de los últimos ciento cincuenta años, gracias a los arqueólogos y a los paleontólogos, la fecha en la que se considera que los seres humanos se distanciaron de los mamíferos que utilizaban herramientas se ha ido remontando a una época cada vez más lejana. En 1942, Louis y

Mary Leakey descubrieron un yacimiento ocupado por seres humanos en Kenya, Olororgesailie, que incluía hachas de mano y restos de animales que fecharon en setecientos mil y novecientos mil años. Los Leakey también trabajaron en el cañón de Olduvai, en Tanzania, donde descubrieron que la fabricación de utensilios habría empezado hace unos dos millones y medio de años. Aunque este descubrimiento ha quedado desbancado por el hallazgo de «Lucy», un esqueleto humano de tres millones de años encontrado en Etiopía que demuestra que la capacidad de andar sobre dos piernas fue anterior a la elaboración de herramientas.

Incluso la cifra de tres millones de vida humana parece quedarse corta cuando la comparamos con la antigüedad de los animales, tal como revelan los paleontólogos desde principios del siglo XIX. En sus *Recherches* (1812) el paleontólogo francés Georges Cuvier argumentó que las secuencias fósiles revelaban una sucesión de organismos y que, en esa línea continua, los reptiles estaban antes que los mamíferos. Descubrió el mamut y el mastodonte y en 1809 identificó y puso un nombre al pterodáctilo, descubierto hacía medio siglo. Desde Cuvier, los fósiles se han remontado más siglos atrás en el tiempo. En la actualidad, se considera que los dinosaurios datan de entre 66 y 245 millones de años. Ahora los primeros fósiles se fechan en tres mil millones y medio de años. Se cree que la vida en el planeta Tierra empezó hace tres mil ochocientos millones de años.

A su vez, la paleontología se ha visto superada por la geología. En sus *Époques de nature* (*Épocas de la naturaleza*, 1779) el conde de Buffon distinguió seis épocas que sumaban unos setenta y cinco mil años, algo que ahora nos parece una cifra modesta pero que entonces bastó para conmover a muchos de sus contemporáneos. Posteriormente, estudiando el proceso de sedimentación, Buffon amplió la edad de la Tierra hasta los tres millones de años, aunque no llegó a publicar este hallazgo. Basando sus estimaciones, tal como hizo Buffon, en los cálculos sobre la pérdida de calor, el físico británico William Thomson (lord Kelvin) planteó en 1862 que la Tierra tenía entre veinte y cuatrocientos millones de años. Sin embargo, esta cifra no satisfizo a los jóvenes, como fue el caso del físico Robert Strutt, quien fechó una roca en dos mil millones de años, y del geólogo Arthur Holmes, quien afirmó que algunas rocas de Mozambique tenían mil quinientos millones de años. Se fundó un comité sobre la edad de la Tierra en el que Holmes propuso una fecha de mil quinientos a tres mil millones. La actual estimación gira en torno a los cuatro mil quinientos millones.³⁰

Al final, la geología quedó superada por la astronomía, pues presentó un universo que no tiene millones sino miles de millones de años. En la década de 1920, el astrónomo estadounidense Edwin P. Hubble planteó

la idea de que el universo empezó con un *big bang*, un gran estallido, tal como dio en llamar memorablemente uno de los adversarios de esta teoría, el astrónomo británico Fred Hoyle. ¿Cuándo se produjo ese *big bang*? Las estimaciones son muy diversas, pero algunas lo sitúan hace diez mil millones de años.

TOPOGRAFÍA

El análisis del terreno consiste en analizar algo desde una posición privilegiada. La topografía, es decir, tomar medidas para determinar la distancia entre distintos puntos, se remonta como mínimo hasta el Antiguo Egipto y algunos de los instrumentos utilizados en estas mediciones fueron inventados por los árabes en la Edad Media, aunque la práctica se fue perfeccionando en nuestra era y, además, se difundió a otras muchas partes del mundo. Los exploradores solían ser topógrafos en este sentido técnico del término. El capitán Cook, por ejemplo, debió su encargo de realizar travesías por el Pacífico a la habilidad que había demostrado como topógrafo para la Marina Real británica.

La topografía de costas fue especialmente importante como ayuda a la navegación en la era de la expansión europea y americana. España y Gran Bretaña estaban interesadas en la costa noroccidental del Pacífico (por poco se pelean por la posesión de la isla de Nutka) y, en la década de 1790, ambos países organizaron expediciones para inspeccionar la zona. Topografía de Costas de Estados Unidos (1808) ofrece un primer ejemplo de apoyo del gobierno a la investigación. Los gobiernos imperiales estaban especialmente interesados en inspeccionar sus territorios. India, por ejemplo, se sometió a un examen topográfico a partir de 1764 gracias a un equipo dirigido por el mayor James Rennell, que no tardaría en ser nombrado topógrafo general.

Otras clases de exámenes (o, tal como los franceses las llamaban, *enquêtes*, «inspecciones») se llevaron a cabo en este período: geológicas, etnográficas, arqueológicas, botánicas, etcétera. Los primeros ejemplos incluyen una inspección geológica de Canadá (1842), el estudio etnográfico llevado a cabo por la Sociedad Geográfica Rusa (1848), y los estudios de la ferroviaria Pacific Railroad del Oeste americano a mediados del siglo XIX. El estudio de la Agencia Británica de Topografía arrancó en 1791: el estudio arqueológico de la India, en 1861, y el estudio de los lagos norteamericanos, en 1882.

Entre los estudios sociales (el término se remonta solo al año 1927),

el más famoso es sin duda el del censo. El censo tiene una larga historia —los padres de Jesús viajaron a Belén para participar en un censo que ahora se fecha en el siglo vi de la era cristiana—, pero no fue hasta nuestra época que los gobiernos organizaban un censo cada cierto tiempo, por ejemplo entre cinco y diez años, como práctica regular. Suecia lideró el camino (en 1749), seguida de España (1768), Estados Unidos (1790), Francia y Reino Unido (ambos países en 1801).³¹

Tanto si fueron inspirados por el censo como si no, no tardaron en surgir estudios sociales más especializados. En Francia, por ejemplo, los estudios sobre el estado económico de la nación empezaron en 1806 y los estudios sobre las condiciones laborales se remontan a 1830. En 1852 se llevó a cabo una *enquête* oficial de poesía popular.³² En Gran Bretaña, uno de los estudios más famosos fue la investigación sobre salud pública que produjo el *Informe sobre las condiciones sanitarias de la población trabajadora* de Edwin Chadwick (1842), seguido poco después de la *situación de la clase trabajadora en Inglaterra en 1844* de Friedrich Engels. En Noruega, el sociólogo Eilert Sundt llevó a cabo estudios pioneros sobre pescadores y guardabosques a mediados del siglo xix.³³

En Alemania, los estudios sobre fábricas y los trabajadores agrícolas se remontan a las décadas de 1870 y 1890, poco después de la unificación del país. Sin embargo, el país más estrechamente relacionado con los estudios de carácter social es sin duda alguna Estados Unidos. Los estudios estadounidenses incluyen *The Philadelphia Negro* (1899), un estudio sobre la situación social y económica de los negros de la ciudad dirigido por W.E.B. Du Bois, quien posteriormente pasaría a ser director de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color; el Pittsburgh Survey (1909-1914); el Springfield Survey (1918-1920), y, lo mejor de todo, los estudios de Alfred Kinsey sobre *La conducta sexual del macho humano* (1948) y *La conducta sexual de la hembra humana* (1953).

LA ACUMULACIÓN DE MUESTRAS

Los participantes de muchas de las expediciones mencionadas anteriormente pueden describirse como recolectores de conocimientos en un sentido casi literal del término. No era infrecuente que los directores de las expediciones, desde finales del siglo xviii, recibieran el encargo de traer de vuelta objetos locales y muestras científicas. Las bibliotecas y museos, tanto en Europa como en Estados Unidos en especial, empezaron a llenarse de un número cada vez mayor de «adquisiciones»: fósiles,

esqueletos de animales y humanos, calaveras, conchas, insectos, armas, utensilios, cuadros, máscaras, postes de tótems, estatuas de Buda o de Shiva, fragmentos arquitectónicos como el de la Puerta de Ishtar (de Babilonia) y, de vez en cuando, edificios enteros. Las obras de arte deberían incluirse en este apartado no solo por ser objetos de conocimiento para los «entendidos», sino también porque las que no forman parte de la tradición occidental se fueron coleccionando en Occidente, hasta hace relativamente poco, más por razones estéticas que por el conocimiento que se creía que transmitían sobre las culturas «exóticas» en las que fueron hechas.

Gracias a Banks y a Solander, nos llegaron más de mil muestras de plantas y cientos de muestras de minerales, animales, aves y peces procedentes del primer viaje de Cook. Las muestras vivas de plantas se enviaron a los jardines botánicos (como el de Kew), mientras que las plantas secas se exhibían en museos o herbolarios. Gracias a los especialistas que acompañaron a Napoleón en la expedición de Egipto, especialmente el naturalista Étienne Geoffroy Saint-Hilaire, el Museo de Historia Natural de París, del que Saint-Hilaire era profesor, recibió miles de muestras que ocuparon entre cuarenta y cincuenta maletas cuando fueron transportadas de Marsella a París.³⁴

La expedición exploradora de Estados Unidos a los mares del Sur (1838-1842), que eclipsó a sus predecesoras, regresó con más de ciento sesenta mil muestras; se enviaron cincuenta mil muestras procedentes de Río de Janeiro, al inicio de la expedición, mientras que «en los tres años siguientes, llegaban montones de cajas enteras de madera y hojalata, barriles y cubiletes de *whisky*, bolsas de lona y cestos».³⁵ El naturalista Alfred Wallace se trajo más de ciento veinticinco mil muestras de los ocho años que pasó en Borneo estudiando la fauna y la flora de la región, tal vez el botín más cuantioso que jamás haya reunido un científico en solitario.

Otro botín espectacular llegó a partir de la expedición británica en alta mar del barco de la marina real *Challenger* (1872-1876). Durante el transcurso de aquel viaje, se enviaron muestras de las Bermudas, Halifax, la región del cabo de Nueva Esperanza, Sidney, Hong Kong y Japón. En su introducción a los informes científicos, el científico jefe de la expedición escribió:

Después de descargar por fin las mercancías en Sheerness, descubrimos, cuando reunimos todos los bultos, que el cargamento constaba de 563 maletas, que a su vez contenían 2.270 frascos grandes de cristal con

muestras de licores y vino, 1.749 botellas más pequeñas con tapón, 1.860 tubos de vidrio y 176 estuches de hojalata, todos ellos albergaban muestras de licor; 180 estuches de hojalata con muestras secas y 22 cubas con muestras de salmuera.³⁶

Estas adquisiciones acabaron en el Museo de Historia Natural.

Entre las muestras recogidas no solo estaban los huesos de especies de animales que seguían vivos sino también los huesos fosilizados de especies que hacía mucho tiempo que se habían extinguido, incluidos los de los famosos dinosaurios, descubiertos a principios del siglo XIX. Los fósiles de animales extinguidos se hallaron en muchas partes del mundo —los gliptodóntidos de Sudamérica, los iguanodontes de Bélgica, los alosauros de América del Norte, los roetosaurus de Australia, etcétera...—, y sus huesos fueron cuidadosamente reconstruidos por los paleontólogos.

La idea de la muestra se aplicó también a los utensilios humanos. Un catálogo británico de venta por correspondencia de 1896 ponía a la venta una serie de lo que daba en llamar «muestras etnológicas». Los esqueletos humanos y los cráneos, especialmente de los humanos no occidentales, se trataban como muestras y se desenterraban sin pedir permiso. El Museum für Naturkunde de Berlín sigue albergando seis mil cráneos, recogidos a finales del siglo XIX en pleno apogeo de la «craneología» (véase en el capítulo 2, el apartado «Contar y medir», así como el apartado «Frenología» del capítulo 4).³⁷ Sin embargo, las muestras más extraordinarias son sin duda alguna las de los cuerpos humanos enteros preservados en hielo, incluido el Hombre Tollund, un cadáver del siglo IV a.C. descubierto en Dinamarca en 1950, así como el Hombre de Hielo, un cadáver que data del 3300 a.C. y que fue descubierto en los Alpes en 1991, pues ofrecen a los arqueólogos información sobre la indumentaria, las herramientas e incluso el tipo de dieta en esa época.³⁸

Incluso los seres humanos vivos pueden ser tratados como «muestras» de vez en cuando, fotografiados con el fin de demostrar sus rasgos raciales o trasladados a Europa o a Estados Unidos para posar en ferias y exposiciones de culturas exóticas, a veces incluso en aldeas reconstruidas.³⁹ En el siglo XVI, varias personas del pueblo de los tupinambás fueron trasladadas de Brasil a Francia para posar como curiosidades o trofeos en vez de recabar conocimientos de ellos (aunque Montaigne aprovechó la oportunidad para hacerles preguntas por mediación de un intérprete). En cambio, en el año 1893, Franz Boas trajo a un grupo de

kwakiutls de la región noroccidental de Canadá hasta Chicago para «demostrar todo lo que podamos preguntarles en relación con sus costumbres y formas de vida». ⁴⁰

Las colecciones arqueológicas y etnográficas aumentaron a un ritmo desorbitante, especialmente en el siglo XIX. Las salas dedicadas a la cultura egipcia y asiria en los grandes museos y galerías de arte europeos son testigos del abundante caudal de materiales que se expoliaron de Oriente Medio, empezando por la invasión de Napoleón a Egipto en 1798. Las enormes esculturas asirias del Museo Británico, por ejemplo, fueron enviadas por Layard desde Nínive y llegaron en 1852. Algunos tesoros famosos, desde la máscara de Agamenón (descubierta por Schliemann en Micenas en 1876) o el retrato del busto de la esposa del faraón Nefertiti (descubierto en 1912) son muy recordados por sus cualidades estéticas, aunque también hicieron aportaciones al conocimiento.

Existe un evidente contraste entre las muestras tomadas del mundo de la naturaleza y los utensilios humanos. El verbo «recoger» no es inadecuado cuando nos referimos a conchas o a flores. Por otro lado, algunos de los utensilios «recogidos» fueron desenterrados del suelo en el que habían permanecido miles de años; otros en cambio eran propiedad de terceros y fueron adquiridos a través del pillaje o del comercio. Cook descubrió que los habitantes del territorio de Nutka estaban más que dispuestos a vender máscaras, lanzas e incluso canoas, pero otros pueblos se mostraban más reacios a ello. ⁴¹ En cuanto al pillaje, el enriquecimiento del Louvre por parte de Napoleón con obras de arte extraídas de ciudades de Italia, España y de otros países que sus ejércitos invadieron es un ejemplo célebre pero en absoluto un incidente aislado. En la segunda guerra mundial, los alemanes, los soviéticos y los norteamericanos siguieron este precedente.

El proceso de confiscación, «anexión» o «conquista científica» se trasladó a los archivos, bibliotecas y museos. Los archivos papales, por ejemplo, acabaron en París como parte del botín de Napoleón. ⁴² Después de la invasión francesa de los Países Bajos austríacos en 1794, se enviaron cinco vagones de tren llenos de manuscritos, plantas, fósiles y minerales a París. Después de la invasión francesa de Holanda, los libros de la Koninklijke Bibliotheek (Biblioteca Real Neerlandesa) se trasladaron a París y se envió una colección entera de elefantes fósiles de La Haya al Museo de Historia Natural. Cuando los franceses ocuparon Verona, se despachó una colección de seiscientos fósiles al mismo destino. Un botánico y un experto en mineralogía acompañaron al

ejército en calidad de asesores. Resulta difícil imaginarse un período, anterior o posterior, en el que los ejércitos se tomaran los fósiles tan en serio.⁴³ Incluso dentro de los mismos Estados se llevaban a cabo manio-
bras de redistribución que bien podrían considerarse pillaje, como fue el caso, por ejemplo, de la confiscación de bibliotecas monásticas. Otro caso similar fue, después de 1789, lo que se ha dado en llamar «el expolio de las plantas» de los jardines de París, que favoreció al Museo de Historia Natural.⁴⁴

El descubrimiento del mundo antiguo ofreció uno de los numerosos ejemplos, y el más notorio, del proceso de pillaje. El ejército de Napoleón trajo obeliscos y momias de Egipto y se habría llevado también la famosa Piedra Rosetta si los británicos no la hubieran encontrado primero. Lord Elgin, el embajador británico del Imperio Otomano (que en esa época incluía a Grecia) obtuvo el permiso oficial para extraer las esculturas clásicas halladas en las inmediaciones o debajo del Partenón de Atenas (aunque no para arrasar el templo, que es lo que ocurrió en realidad). Los «mármoles de Elgin», tal como se siguen conociendo hoy en día, fueron adquiridos por el gobierno británico en 1816 y se expusieron en el Museo Británico, donde siguen estando a pesar de los esfuerzos de los sucesivos gobiernos griegos para repatriarlos.

«Pillaje» era una palabra que se utilizaba con bastante frecuencia para describir las colecciones de antigüedades, tal como hizo el célebre lord Byron, en cuyo poema «El peregrinaje de Childe Harold» (1812-1818) describió los mármoles de Elgin como «el último y pobre pillaje de una tierra sangrante». Fue una expresión que utilizaron incluso los coleccionistas, generalmente cuando se referían a sus rivales, aunque uno de ellos, un embajador francés del sultán, aconsejó a su agente que no desperdiciara la oportunidad de saquear Atenas y su territorio («*Ne négligez aucune occasion de piller dans Athènes et dans son territoire*»).⁴⁵

Muchos objetos de otras culturas fueron adquiridos por museos occidentales a través de medios bastante cuestionables, especialmente en el siglo XIX. Por ejemplo, algunos ejemplos importantes de arte precolombino de México llegaron a los museos de Francia y de otros países después de la invasión de México por Napoleón III. El ejército no solo estuvo acompañado de arqueólogos, sino que también acogió a un anticuario. También en este caso, las famosas esculturas de bronce de la ciudad de Benín en África empezaron a llegar a los museos de Gran Bretaña después de la «expedición punitiva» de 1897 en la que la ciudad fue incendiada (figura 3). Algunos de los «expolios de Benín», tal como

el periódico *Illustrated London News* los llamó en esa época, se expusieron en el Museo Británico ese mismo año.⁴⁶ Asimismo, las fuerzas de la alianza de las ocho naciones que intervino en China en 1900 para reprimir el levantamiento de los bóxers saqueó Pekín, llevándose consigo numerosas estatuas y piezas de porcelana y jade que acabaron en los museos occidentales. Poco después, una expedición británica al Tíbet (1903-1904) dio como resultado el pillaje de varios monasterios para enriquecer las arcas de las colecciones de Occidente.⁴⁷ Tal como observó el antropólogo alemán Adolf Bastian de un modo un tanto complaciente, «las campañas militares pueden dar sus frutos en cuanto a la investigación científica y pueden ser objeto de explotación para este propósito».⁴⁸



Figura 3: Oficiales británicos de la expedición de 1897 a Benín con estatuas de bronce y marfiles extraídos del complejo real. © El Patronato del Museo Británico.

Las expediciones arqueológicas rivales organizadas por distintas naciones dieron frutos parecidos. Por ejemplo, se enviaron dieciséis mil kilos de manuscritos, estatuas y murales (arrancados de las paredes) a Berlín procedentes de Turfān, en el Turkeistán chino, después de cuatro expediciones alemanas que tuvieron lugar entre 1902 y 1914.⁴⁹ A finales del siglo XIX, los museos etnográficos alemanes en especial estaban au-

mentando sus adquisiciones a un ritmo trepidante, impulsados por el deseo de competir con otros museos y para rescatar los objetos tradicionales antes de que las culturas que los habían producido desaparecieran para siempre. En 1886 ya había unos quince mil objetos en las secciones de África y Oceanía en el Museo Etnológico de Berlín, cifra que se había cuadruplicado en 1899. Cerca de dieciséis mil piezas fueron adquiridas para ese museo berlinés por un solo coleccionista profesional en sus expediciones a Norteamérica, Siberia e Indonesia, pero incluso este botín quedó eclipsado por los cuarenta mil objetos, desde esqueletos a piezas de cerámica, extraídos por Bingham en el Machu Picchu.

Al igual que otras clases de objetos, en este período las bibliotecas descubrieron y adquirieron numerosos textos. La colección de manuscritos cuenta con una larga tradición en Occidente vinculada especialmente a los humanistas del Renacimiento, aunque ha tenido continuidad desde entonces. Los manuscritos de la Roma y la Grecia clásicas eran muy buscados. El ejército de Napoleón se llevó unos mil quinientos manuscritos de los Países Bajos austríacos y otros mil quinientos de Italia, principalmente de Bolonia y del Vaticano.⁵⁰ Se emprendieron iniciativas para localizar y catalogar las fuentes manuscritas para escribir historias nacionales. Por este motivo, por ejemplo, en 1869 se creó en Gran Bretaña la Comisión de Manuscritos Históricos.

Lo novedoso en este período fue el creciente interés en otras tradiciones culturales así como la adquisición de libros y manuscritos en árabe, sánscrito, chino, japonés y otras lenguas no europeas. Entre los textos descubiertos más famosos está la Piedra Rosetta de Egipto, hallada en 1799, y el código de leyes del rey babilonio Hammurabi, descubierto en Irán en 1901. En el caso de Asiria, se desenterraron medio millón de tablas con inscripciones cuneiformes, cifra que bastó para mantener a los especialistas ocupados durante siglos.⁵¹

Los manuscritos en pergamino, papel y papiro siguieron invadiendo los museos, las bibliotecas y los archivos. En 1886 la biblioteca de la Universidad de Berlín contenía unos dos mil manuscritos en sánscrito, la mayoría de ellos adquiridos recientemente.⁵² El arqueólogo ruso Kozlov se trajo de vuelta a casa dos mil textos de su excavación de la ciudad de Khara-Khoto en 1908. El Museo Británico recibió unos dos mil libros y manuscritos tibetanos que recopiló para esa misma institución el oficial médico de la expedición militar británica de 1903.⁵³ En 1907, el arqueólogo Aurel Stein descubrió y se llevó unos cuarenta mil rollos, incluido el famoso Sutra del Diamante, de las grutas de Dunhuang, un complejo de templos budistas situado en la frontera occidental de China. Stein

solo pagó doscientas veinte libras esterlinas por los rollos, que también fueron a parar al Museo Británico.

En el ámbito cada vez mayor de la «gestión del conocimiento», a veces se emplea la metáfora de «captar» conocimiento. No obstante, de vez en cuando ese verbo debe entenderse en su sentido literal. Después de que las tropas rusas invadieran Varsovia en 1794, se confiscaron unos cuatrocientos mil volúmenes para la recién fundada Biblioteca Imperial de San Petersburgo. Una vez más, en la segunda guerra mundial, el ejército soviético se llevó muchos libros de las bibliotecas alemanas, incluida la Staatsbibliothek de Berlín, algunos de cuyos volúmenes permanecen en Moscú. Un famoso alijo de documentos interceptado en el transcurso de las operaciones militares fue el archivo del Partido Comunista de la ciudad de Smoliensk, tomada por los alemanes en 1941 y reconquistada por los estadounidenses en 1945. Luego fue a parar al Centro de Archivos Federales para que pudiera utilizarlos un experto en cultura soviética en un estudio titulado *Smoliensk bajo el dominio soviético* (1958), lo cual brindó al autor lo que él mismo dio en llamar «una oportunidad sin precedentes para ser testigo privilegiado de los procesos del gobierno regional y local en la Unión Soviética».

A lo largo de esos años se fueron reuniendo colecciones cada vez más nutridas de manuscritos que conformaban archivos enteros. La historia de los archivos se remonta a un pasado muy lejano, pero esta época en concreto se caracterizó por aplicar algunas innovaciones importantes. Una de ellas fue la práctica de guardar los documentos en espacios contruidos a tales efectos. Otro fue la profesionalización de los archiveros. Una tercera innovación, que fue aplicándose gradualmente, fue la de asegurarse que los documentos fueran accesibles a los estudiosos y, poco después, al público en general. Por ejemplo, en 1780, Juan Bautista Muñoz, un historiador sumamente consciente de la importancia de las fuentes primarias, convenció al Consejo de las Indias de que creara un archivo para fines académicos.⁵⁴ En 1794, un decreto de la Convención Francesa hizo públicos los archivos del gobierno, conocidos a partir del año 1800 como los Archives nationales. En otros países, el establecimiento y la apertura de los archivos gubernamentales fue, al menos en parte, una consecuencia no intencionada de las conquistas de Napoleón, que terminó con los regímenes tradicionales, desde el Sacro Imperio Romano hasta la república de Venecia, haciendo que sus documentos quedaran obsoletos.

Una vez fundados los archivos, no cesaban de llegar documentos. Los archivos del Estado italiano, fundados después de la unificación del país en 1861 (aunque se incluía material recogido por regímenes

anteriores) ya contenía 3.736.892 documentos en 1905.⁵⁵ Hoy en día, los Archivos Británicos Nacionales de Kew anuncian el hecho de que en su catálogo pueden encontrarse once millones de descripciones de documentos.

Las grandes bibliotecas públicas fueron creciendo en tamaño, a menudo a expensas de absorber otras instituciones más pequeñas y privadas. Incluso las bibliotecas institucionales podían quedar absorbidas de ese modo. Cuando la orden de los jesuitas fue prohibida en 1773, por ejemplo, los fondos de las bibliotecas de sus universidades en distintas partes del mundo fueron a parar a otras instituciones, entre ellas las universidades de Friburgo y Olmütz (actualmente, Olomouc). Una vez más, cuando los monasterios alemanes se disolvieron en 1802-1803, sus libros y manuscritos fueron en su mayoría enviados a bibliotecas seculares, como la Staatsbibliothek bávara en Múnich. Lo que los bibliotecarios llamaban «adquisiciones» eran a menudo traspasos.

No es de extrañar que las grandes bibliotecas vieran aumentados sus fondos rápidamente. Con doscientos mil libros, la biblioteca de la Universidad de Gotinga se consideró una de las mejores de Europa en el año 1800. El Museo Británico albergaba 235.000 libros en 1837, pero en 1856 esa cifra ya era más del doble con 540.000 volúmenes. En 1914, la Staatsbibliothek bávara contenía casi setecientos mil libros, mientras que la Biblioteca Bodleian de Oxford había alcanzado un millón. Hoy en día, la Biblioteca Widener de Harvard contiene casi cinco millones de libros; la Biblioteca Nacional de Francia, París, tiene trece millones; la Biblioteca Británica, catorce millones; y la Biblioteca del Congreso cuenta con treinta millones de libros y la increíble cifra de cien millones de documentos, entre los cuales se incluyen los manuscritos y las imágenes, es decir, fotografías, dibujos, grabados, etcétera.⁵⁶

VARIETADES DE TRABAJO DE CAMPO

El mundo fuera de los museos y las universidades no solo se consideraba un almacén del que apropiarse objetos sino también un campo de estudio y observación.⁵⁷ El trabajo de campo exterior pasó a ser una práctica que se fue consolidando a finales del siglo XVIII, dando pie a conflictos entre «el campo» (el «terreno») y el estudio («el despacho»), así como a las rivalidades entre los académicos nómadas y los sedentarios, los trabajadores del centro y los de la periferia.